



INFORME: LITERATURA EN CLM, AYER Y HOY

# Cervantes y Garcilaso: la voz a ti debida

Mariano Calvo

Escritor. Presidente de la Asociación de Amigos de Garcilaso

Las abundantes alusiones a Garcilaso y a su mundo poético que tachonan muchas de las obras cervantinas son significativas de la admiración ferviente que Cervantes sintió por Garcilaso. Epítetos como “nuestro poeta”, “nuestro famoso poeta”, “el gran poeta castellano nuestro” o “el jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega” escapan de la pluma de Cervantes como un desbordamiento de afecto hacia el toledano. De él llega a decir: “Su canto fue de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra”.

Como es sabido, Cervantes y Garcilaso no llegaron a conocerse. Una infausta descalabradura en una escaramuza bélica acabó con la vida del poeta de las églogas once años antes del nacimiento de Cervantes. No obstante, la adolescencia de Cervantes coincidió con las primeras ediciones de los versos de Garcilaso, de modo que el joven Miguel fue testigo, con sus primeras luces, del éxito arrollador que desde el principio disfrutaron las obras del autor de las églogas.

Sus vidas parecen separadas por un eje que los enfrenta en una simetría de contrastes. Mientras la existencia de Garcilaso gozó de los brillos de una vida aristocrática, la de Cervantes estuvo sometida a inacabables desdichas y precariedades: Varias veces preso, una cautivo y dos excomulgado. Todo un cúmulo



de adversidades que explica la autodefinición cervantina de “más versado en desgracias que en versos”.

Con toda seguridad, a Cervantes le hubiera gustado ser como Garcilaso. A ojos cerrados, el atribulado manco hubiera cambiado su tardo prestigio de novelista por el de poeta, y con gusto hubiera canjeado su larga vida de afanes por la corta pero fulgurante existencia del Salicio toledano. Cervantes aspiró permanentemente a ser reconocido como poeta sin conseguirlo. Lo reconoce explícitamente en el *Viaje del Parnaso*:

“Yo, que siempre trabajo y me desvelo por parecer que tengo de poeta la gracia que no quiso darme el cielo”

Y Don Quijote, transparentando la opinión del propio Cervantes, dice: “según es opinión verdadera, el poeta nace:

quieren decir que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dio el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: est *Deus in nobis*”.

La elevada estima que Cervantes tenía de la Poesía se manifiesta con exquisita ternura en boca de Don Quijote: “La poesía, señor hidalgo -le dice al Caballero del Verde Gabán-, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en

## RESUMEN:

En medio de la ingente montaña de estudios cervantinos pocos habían recalado hasta ahora sobre la influencia que el toledano Garcilaso de la Vega tuvo sobre al autor de *El Quijote*. Mariano Calvo, escritor, periodista y presidente de la Asociación de Amigos de Garcilaso, de Toledo, evoca aquí las frecuentes e intensas huellas del poeta-soldado sobre Cervantes, que rastrea en diferentes pasajes de su obra.

Centro de Estudios

todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio”.

El eco del entusiasmo de Cervantes por la poesía de Garcilaso resuena desde la primera de sus obras, la “Elegía a la muerte de Isabel de Valois”, hasta la póstuma del *Persiles*, sin que queden ajenas a esa huella ni El Quijote ni las Comedias ni las Novelas ejemplares. En la mayor parte de las obras de Cervantes hay sitio para los versos de Garcilaso, bien íntegramente o en una variada gama de reinterpretaciones.

Pero si hay una obra en la que se hacen patentes de manera más nítida los ecos de esta admiración, ésta es, sin ninguna duda, *La Galatea*. En ella se reúnen en mayor grado que en ninguna otra obra de Cervantes las citas y alusiones garcilasianas, comenzando por la más obvia y manifiesta: *Galatea* es el nombre de uno de los personajes de la Egloga I de Garcilaso. Se trata, por lo demás, de una novela de género pastoril ambientada en las riberas del Tajo como la égloga III. Para mayor abundamiento, el personaje co-protagonista lleva por nombre Elicio, claro parónimo de Salicio, personaje también de la Egloga I. No es poco significativo, asimismo, que Cervantes denomine a “*La Galatea*” como “égloga”, a la manera de las composiciones de Garcilaso.

En *La Galatea* hay un pasaje en que la Musa Calíope menciona a Garcilaso y a su amigo Boscán: “Yo soy -dice la Musa- la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscán y el famoso Garcilaso”.

El fervor cervantino por Garcilaso se nos declara también en la relación de autores que la propia Musa Calíope hace de los excelsos poetas que unen la Antigüedad con el presente: La lista comienza con Homero, sigue con Virgilio, Enio, Catulo, Horacio, Petrarca, Dante, Ariosto, y tras éste, señala a Garcilaso.

## Cervantes “bebe” en Garcilaso

*La Galatea* está abundada de referencias garcilasianas hasta el punto de poder ser considerada un explícito homenaje a Garcilaso. Pero estas referencias, citas y apoyos no se concentran sólo en *La Galatea* sino que se extienden por toda la obra cervantina. Algunas veces se trata de versos completos, otras veces sólo de epítetos, frases o variaciones. Los ejemplos son numerosos: “*La blanca nieve y colorada rosa*” de Cervantes tiene reminiscencias de “*El blanco lirio y colorada rosa*” de Garcilaso. “Oh, más que el cielo hermosa, y para mí más dura que un diamante”, recuerda el célebre “¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!”. “Sé lo mejor y lo peor apruebo” recuerda al “Y conozco el mejor y el peor apruebo”. “Ser señora de un alma no aceptaste” es un eco del “De un alma te desdeñas ser señora”. “Saldrá con la doliente ánima fuera” es calco de “echa con la doliente ánima fuera”. “Si no estáis en mi daño conjuradas” sigue a “Y con ellas en mi muerte conjuradas”. “No os pido que vengáis, dulces, sabrosas” es imitación de “Flérída, para mí dulce y sabrosa”. “Por ásperos caminos voy siguiendo” imita a “por ásperos caminos he llegado”. Y “la industria de las altas ruedas” no oculta su parentesco con el verso garcilasiano “con artificio de las altas ruedas”.

Pertencen a la categoría de apropiaciones íntegras versos como: “Estoy muriendo y aún la vida temo”, “Oh, más dura que mármol a mis quejas”, “Oh dulces prendas por mi mal halladas”, “Por estas asperezas se camina”, “que la fortuna, de mi mal

no harta” o “esta ánima mezquina”, versos, todos ellos, encajados, aquí y allá, en los textos cervantinos.

Pero Cervantes no se limita a tomar versos sueltos del poeta toledano sino que a veces va más lejos y se apropia de estrofas enteras. Así ocurre en *El Quijote*, cuando un hermoso mancebo vestido a lo romano recita al son de un arpa un canto ante el túmulo de la doncella Altisidora, canto de dos octavas, una de las cuales está tomada íntegramente de la Egloga III de Garcilaso:

“Y aun no se me figura que me toca  
aqueste oficio solamente en vida;  
mas con la lengua muerta y fría en la boca  
pienso mover la voz a ti debida.  
Libre mi alma de su estrecha roca,  
por el estigio lago conducida  
celebrándote irá, y aquel sonido  
hará parar las aguas del olvido.”

Plagio en toda línea, que mueve a Don Quijote a replicar por el entuerto, a lo que le responde el mozo cantor con desenvoltura: “No se maraville vuestra merced deso, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere”.

Cervantes, en cierto momento, se cree en la necesidad de justificar sus propias deudas, y escribe: “No ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algún verso ajeno y le encajase entre los suyos, como no sea todo el concepto o toda la copla entera, que en tal caso tan ladrón es como Caco”.

Garcilaso no hubiera podido objetar a Cervantes el uso frecuente de lo que ahora llamaríamos intertextualidad, dado que él mismo fue un imitador asiduo de Virgilio y Horacio, entre otros, en virtud de la poca importancia que la originalidad tenía en aquel siglo. Más bien la imitación de los clásicos -y Garcilaso ya lo era para Cervantes-, se tenía como punto de prestigio. Sin embargo, cabe dudar del *placet* que Garcilaso daría al uso que Cervantes se permitió hacer de ciertos versos suyos compuestos en elogio del Virrey de Nápoles -“Tú, que ganaste obrando / un nombre en todo el mundo / y un grado sin segundo”- que el alcaláino se atrevió a intercalar nada menos que en su poema a “los éxtasis de nuestra beata madre Teresa de Jesús”.

## Poeta pastoril

La posteridad ha acuñado la figura de Cervantes como autor de *El Quijote*, y nada habría que objetar al respecto si no fuera porque ello ha conducido a desviar la atención del hecho de que Cervantes fue -quizá habría que decir “sobre todo y ante todo”- un autor de marcada vocación por el género pastoril.

No es aventurado suponer que si al propio Cervantes le hubiésemos preguntado sobre su identidad, probablemente se hubiera presentado así mismo no como el autor de *El Quijote* sino como el autor de *La Galatea*. De hecho, cuando se describe en el famoso autorretrato del prólogo de las Novelas ejemplares, hace relación de algunas de sus obras más importantes, mencionando en primer lugar a *La Galatea*, y después, a *El Quijote*.

Para entender la devoción de Cervantes por Garcilaso hay que conocer la devoción que Cervantes sentía por el género pastoril. Hoy nos resulta lejano y excesivamente convencional el mundo pastoril poblado de ninfas, musas y pastores enamorados, casi para nosotros tan lejano y convencional como el mundo de los libros de caballerías. Pero, significativamente, mientras Cervantes parodia con sarcasmo las novelas de caballerías, en cambio toma muy literariamente en serio el mundo garcila-

siano-virgiliano del bucolismo. Cabría preguntarse por qué. Y la respuesta nos la ofrece el propio Cervantes, como si hubiera previsto salir al paso de nuestra perplejidad. En el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero someten a la biblioteca de Don Quijote, el cura argumenta que no deben ser quemados los libros pastoriles "porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento, sin perjuicio de tercero". Y de uno de ellos, El pastor de Filida, decreta que debe guardarse como "joya preciosa".

Tampoco en El Quijote faltan muestras de este gusto cervantino por el género pastoril, inseparablemente unido al mundo poético garcilasiano. El pasaje de Crisóstomo y Marcela no es otra cosa que una novela pastoril incrustada en nada menos que cuatro capítulos del Quijote.

En el contexto de una obra realista como el Quijote podría pensarse que están fuera de lugar las fantasías convencionales de lo pastoril, pero Cervantes las integra en su relato con una naturalidad tan sorprendente como reveladora de su gusto por el género típicamente garcilasiano.

Hay otras incursiones pastoriles en El Quijote, como la conversación con los cabreros o la historia de la antojadiza Leandra, en las que no deja de sorprender el melifluo tacto con el que su autor trata a la arcádica fantasía.

Pero El Quijote es, al fin y al cabo, un libro de humor, y tenía que ocurrir que Cervantes se sintiese empujado a aprovechar la veta hilarante que conllevan los asuntos pastoriles. En el Capítulo L de la Primera Parte nos pinta un cuadro en el que un cabrero les habla a los presentes, y Cervantes nos hace saber que el pastor es observado por su cabra: "Parece que lo entendió la cabra, porque, en sentándose su dueño, se tendió junto a él con mucho sosiego, y, mirándole al rostro, daba a entender que estaba atenta a lo que el cabrero iba diciendo", evocando así aquellos conocidos versos garcilasianos de la Egloga I: "cuyas ovejas al cantar sabroso / estaban muy atentas, los amores, / de pacer olvidadas, escuchando".

También en la Segunda Parte del Quijote el tema pastoril aparece aquí y allá, como un Guadiana que fluyera soterrado a lo largo de todo el texto. Primero, en las bodas de Camacho el rico y Quiteria la hermosa, luego en el episodio de la fingida Arcadia, cuando Don Quijote y Sancho se encuentran con dos zagalas ataviadas de pastoras, que les informan de que un grupo de gente acomodada se ha reunido allí con el fin de revivir "una nueva y pastoril Arcadia". Las dos zagalas -a las que Don Quijote trata, como no podía ser menos, de "ninfas habitadoras destos prados y bosques"-, les dicen que se proponen representar dos églogas, "una del famoso poeta Garcilaso y otra del excelentísimo Camoens".

Don Quijote vuelve a pasar por aquel lugar días después, cuando regresa derrotado de Barcelona, y, en un arrebato, decide convertirse en pastor arcádico: "Yo compraré algunas ovejas -dice don Quijote a Sancho-, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijótiz, y tú el pastor Pancito, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos". Suave parodia de Cervantes, en la que, tras la mirada risueña sobre los excesos retóricos del género, hay como un sentimiento de nostalgia por el sueño de la utopía arcádica.

En el último capítulo, cuando Don Quijote yace en el lecho aquejado de su mortal enfermedad, el bachiller Sansón Carrasco trata de animarle, y no halla más elocuente argumento que estimularle a tomar el cayado de pastor, diciéndole que ya tiene com- puesta una égloga y comprados dos famosos perros.

También Sancho anima a don Quijote por la misma vía: "Mire, no sea perezoso -le dice-, sino levántese desahogada, y vámonos al campo vestidos de pastores". Tierno patetismo el de ese trance en el que los cuerdos recurren a la utopía como el último recurso medicinal para las fatigas de un moribundo desfallecido de esperanza.

Ocho años después de escrito El Quijote, Cervantes vuelve a tocar el tema pastoril en El coloquio de los perros. Es éste el único lugar donde se registra cierta crítica respecto a la irrealidad del género pastoril, pero advertimos que no es Cervantes quien habla sino un narrador muy particular: el perro Berganza. Algo así como si Cervantes quisiera decirnos que sólo de un perro pastor podría aceptarse un punto de vista tan estrecho sobre la ensoñada vida de los pastores de Arcadia.

En el proceso de búsqueda lectora sobre el concepto que Cervantes tenía de Garcilaso, a veces se encuentra la perla en el lugar más inesperado. Así, cuando el Licenciado Vidriera se dispone a pasar a Italia, observamos que de toda su biblioteca, sólo escoge para llevar consigo dos libros: uno, el obligado libro de Horas; el otro, un "Garcilaso sin comentario".

## Elogios y homenajes

En el Persiles escribe Cervantes el que es quizá el más exaltado elogio de cuantos ha recibido la obra de Garcilaso, llegando a comparar la zampoña de Salicio con la lira de Orfeo: Cuando los peregrinos llegan al Tajo, junto a Toledo, Periandro, que "había visto, leído, mirado y admirado las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega, así como vió al claro río, dijo: No diremos "Aquí dio fin a su cantar Salicio, sino aquí dio principio a su cantar Salicio; aquí sobrepujó en sus églogas a sí mismo; aquí resonó su zampoña, a cuyo son se detuvieron las aguas de este río, no se movieron las hojas de los árboles y, parándose los vientos, dieron lugar a que la admiración de su canto fuese de lengua en lengua y de gentes en gentes por todas las de la Tierra".

Alabando Don Quijote el oficio de las armas y ponderando la estrecha senda de la virtud que lleva consigo dicho ejercicio, Don Quijote trae a colación tres versos de la Elegía I de Garcilaso:

"Por estas asperezas se camina  
de la inmortalidad al alto asiento,  
do nunca arriba quien de allí declina."

Estos mismos versos se repiten más adelante, en forma prosificada, como argumento en defensa del oficio de las armas sobre el de los letrados. Bien sabía Cervantes de asperezas en el camino hacia la inmortalidad literaria.

Cuando Sancho informa a su señor que la sin par Dulcinea se hallaba ahechando trigo tras las bardas de un corral, Don Quijote le exhorta de esta manera: "Mal se te acuerdan a ti, joh, Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas y se sentaron a labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas".

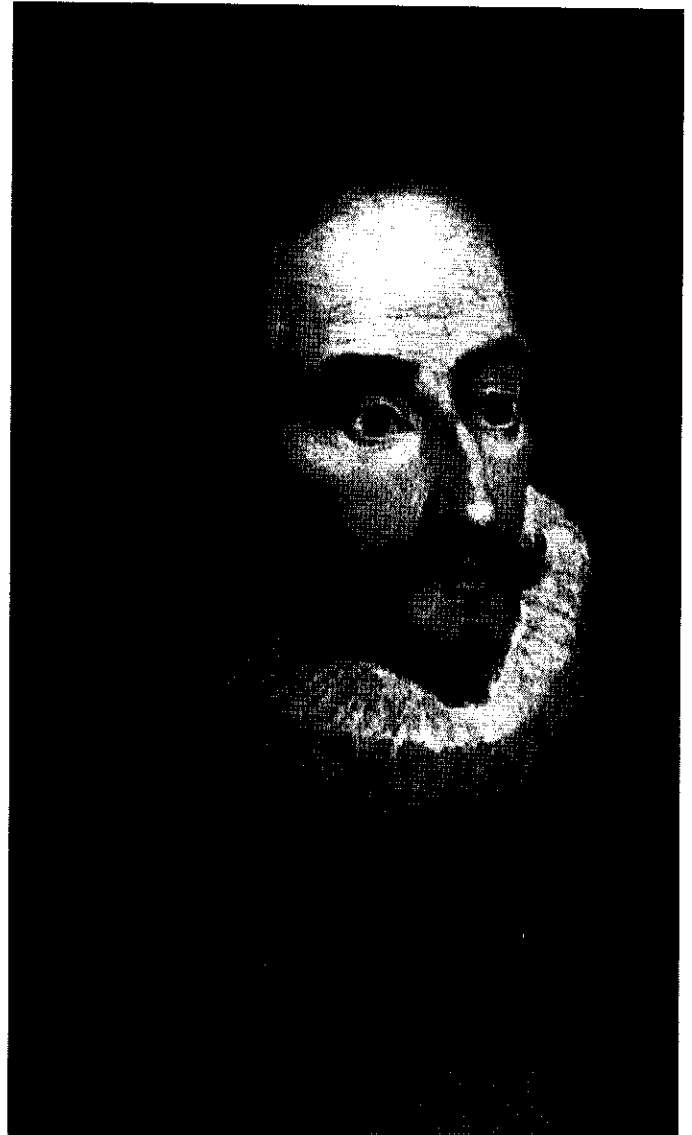
Andando el camino, Don Quijote confunde a tres aldeanas con Dulcinea y sus doncellas, y al ser replicado por una de ellas con malos modos, Don Quijote le dice a Sancho:

"Levántate, Sancho, que ya veo que la Fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes."

Estando alojado Don Quijote en la casa del Caballero del Verde Gabán, viene a tropezar con unas tinajas de El Toboso,



Garcilaso de la Vega visto por Beato



Miguel de Cervantes, Anónimo 1<sup>er</sup> tercio del siglo XVII. Madrid. Real Academia Española

que le suscitan la nostalgia de Dulcinea, y entonces al hidalgo manchego le vienen a la boca, directamente del corazón, los versos de Garcilaso:

“Oh, dulces prendas, por mi mal halladas,  
dulces y alegres cuando Dios quería!”.

Líricos endecasílabos que pocos leerían sin risa, viéndolos asociados con las rústicas tinajas toboseñas.

Boscán, el alter ego de Garcilaso, es mencionado cuando Don Quijote asigna los nombres que, como pastores, habrán de llevar el bachiller, el barbero y el cura, afirmando que “el barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso”.

Y brota el fino humor cervantino, una vez más, cuando la doncella Altisidora, tras declararse a Don Quijote y recibir de éste un cortés desplante, le recita:

“¡Oh, más duro que mármol a mis quejas, empedernido caballero!”, verso garcilasiano masculinizado y apostillado por uno de los golpes de humor más finos del inmortal libro.

Al igual que esos insectos atrapados en una gota de resina fósil ofrecen al paleontólogo datos valiosos sobre viejos eco-

sistemas, así la presencia de versos de Garcilaso incrustados en las obras cervantinas nos descubre que en la genial cabeza del autor de *El Quijote* aleteaban los acentos del poeta de Toledo como un enjambre de evocaciones poéticas siempre prestas a escapar por la desembocadura de su pluma.

Las alusiones a Garcilaso y las citas de sus versos, así como las referencias al mundo pastoril que le caracterizan aparecen en la obra de Cervantes con una abundancia que sólo cabe interpretar en términos de devoción.

Cervantes quiso ser poeta de églogas como el divino toledano y acabó pasando a la historia como el padre de la novela y engendrador de un loco singular que, persiguiendo la justicia por los caminos del mundo, acabó arrancándonos la risa más dolidamente humana.

La sombra de Garcilaso acompaña a Cervantes, como acompañó a Don Quijote, hasta el final de su vida. El último proyecto quijotesco de Alonso Quijano fue hacerse pastor de una nueva Arcadia. El último proyecto de Cervantes fue el de escribir la segunda parte de su novela pastoril, “*La Galatea*”. No hay colofón biográfico más bello que éste de ver unidos a Cervantes y a Don Quijote, en sus respectivas horas postreras, en torno al sueño de utopía bucólica que encarna el lírico toledano. ■